

CAPITULO CV.

EL PODER EJECUTIVO DE LA COMUNIDAD REVOLUCIONARIA.

El gobierno exige la unidad de acción sometida á la unidad de pensamiento, y más en épocas de perturbaciones profundas abajo, y de dificultades gravísimas arriba. El gobierno exige además cierta duración y permanencia, dentro de plazo fijo, en sus difíciles funciones. Si cada día cambia de rumbo; si en esta dirección ó en la contraria se le hace vacilar á cada momento; si renueva su personal sin leyes seguras y sin método fijo; si tened por cierto que en vez de dirigir á la sociedad como una buena máquina, la desconcertará y la perderá fatalmente. Por lo mismo que los gobiernos democráticos se renuevan y se suceden á plazos determinados; por lo mismo que tienen ese carácter de continua amovilidad, exigen duración segura dentro de sus primordiales condiciones. La Comunidad cambiaba á cada momento, no ya las personas componentes del gobierno, sino la esencial organización de ese gobierno. Así era difícil su vida, contradictoria; sus ideas, irresoluta su acción, cambiantes sus propósitos, confusa su

política, indescifrables muchas veces sus determinaciones, faltándole aquello que es esencial á los seres en la sociedad como en la naturaleza, un verdadero organismo.

La Comunidad, asamblea municipal, se organizó primero en comisiones, como han de organizarse por fuerza todas las Asambleas, sujetas á las leyes de la división del trabajo y de la reciprocidad de facultades y funciones. Pero una Asamblea es como la razón que piensa, el juicio que compara, la conciencia que juzga después de haber deliberado; y necesita de aquella facultad fundamentalmente esencial á su vida, energía de todas las demás facultades, su aplicación práctica; necesita de la voluntad, virtualmente contenida en las Comisiones ejecutivas, por su naturaleza dotadas de mucho poder, y en este poder de mucha libertad; por lo mismo que contraen tremendas responsabilidades.

La Comisión ejecutiva de la Comunidad revolucionaria tenía continuamente sobre sí la autoridad superior de la Asamblea; y esta

autoridad no le consentía ni firmeza en sus resoluciones, ni rapidez en sus movimientos, ni energía en su acción. El gobierno es unidad y las Asambleas variedad; el gobierno acción y las Asambleas palabra; el gobierno rapidez y las Asambleas lentitud; el gobierno certidumbre y las Asambleas vacilación; el gobierno responsabilidad y las Asambleas son por su naturaleza y por su número irresponsables. Necesarias para la deliberación, para el consejo; para legislar, para esclarecer, para dirigir; son de todo punto innecesarias para gobernar, para ejecutar. Y por eso la división profunda entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, es una de las primeras exigencias de toda sociedad bien organizada. Y aquella confusión babilónica del poder ejecutivo con el poder legislativo trajo gran parte de los defectos y de los males de que adoleció tristemente el desgraciado gobierno de París y aun el mismo gobierno de Versalles. Por fines de Marzo se había nombrado la Comisión ejecutiva, y á primeros de Abril quedaba modificada profundamente, saliendo de su seno los militares, y entrando á sustituirlos solamente los periodistas. A Pyat y Delescluze se unieron Vaillant, Vermorel, Tridon, Cournet y Avrial.

Estos dos últimos, á la verdad, merecen que nos detengamos algunos momentos en su presencia. Avrial, joven mecánico, de clara inteligencia y de probo carácter, orador y escritor más por las inspiraciones de la naturaleza que por los esfuerzos del estudio, perteneció siempre á la Internacional y tuvo permanente influjo en las huelgas de los trabajadores. Conducido por afiliado á sociedades ilícitas ante los tribunales de Francia, su defensa dictada por un juicio claro se elevó alguna vez á las más altas cimas de la elocuencia forense. ¡Con qué verdad y viveza pintaba la mesura necesaria á los que dirigen estos retraits del trabajo, á los que levantan estos montes aventinos del trabajador, las huelgas, cuando á sus pies yacen sobre jer-

gonas podridos familias enteras, sin vestiduras y sin pan! Sus ideas socialistas le llevaban á los últimos extremos del partido revolucionario y le imponían con su imperiosa fuerza la obligación moral de pertenecer á la Comunidad revolucionaria. Pero los caracteres se extraviaron tanto y crecieron tanto los utopías, que Avrial perteneció al partido más moderado dentro de la Comunidad.

Cournet, hijo de un defensor de las barricadas de Junio en mil ochocientos cuarenta y ocho, criado y crecido en el destierro, huérfano en edad temprana, marino mercante como su padre marino oficial, gran conocedor del golfo mejicano y de los varios pueblos que en sus riberas se asientan, volvió al comenzar la decadencia de Bonaparte al seno de Francia, se agregó al partido jacobino, fué de la redacción del *Reveille* dirigido por Delescluze, participó de las manifestaciones consagradas á la memoria de Baudin, cayó en la cárcel durante la agonía del Imperio, combatió con denuedo durante la defensa de París; y entró en el gobierno de la Comunidad con vocación para morir con heroísmo en el momento de la suprema lucha, al pie del altar de sus ideas, al pie de las barricadas.

Nos hemos detenido en presencia de estos varones enérgicos para demostrar que las cualidades personales se perdían miserablemente en la viciosa organización de aquel indefinido poder. El cinco de Abril se había organizado la Comisión ejecutiva echando á los militares gastados, y admitiendo jóvenes periodistas; el veintiocho de Abril se modificaba ya esta Comisión y admitía nuevos elementos de diverso origen. La Asamblea se había dividido en nueve Comisiones, á saber: guerra, hacienda, subsistencias, relaciones exteriores, trabajo y cambio, servicios públicos, enseñanza y seguridad general. Cada una de estas comisiones debía nombrar su delegado, y la reunión de los nombrados debía constituir el poder ejecutivo de la Comunidad revolucionaria. Pero el mal se agravó con esta modifica-

ción, lejos de corregirse. Las facultades del delegado no estaban bien definidas, y sus derechos y sus deberes no tenían la necesaria claridad. Cada comisión pesaba sobre su representante en el poder, y le impedía la acción y las resoluciones con todo género de impedimentos. La Comunidad revolucionaria absorbía luego en su seno la Comisión ejecutiva. Los caídos del poder se resentían profundamente y daban tras los nuevamente exaltados. Como cada comunero por regla general tenía su periódico, injuriaba y calumniaba á sus rivales y á sus contrarios. La polémica no conocía freno. Los dardos de la ironía, la sal amarga de lo ridículo, el furor de la invectiva, los salivazos de la injuria, el veneno de la calumnia, todo se empleaba en aquella baja guerra, y todo servía para desacreditar al gobierno constituido y perder la revolución socialista. Si á lo menos se hubieran detenido ante la vida privada... pero entraban audaces en el hogar; revolvían los huesos de las generaciones pasadas sin respeto á la santidad del sepulcro; alzaban las sábanas del lecho para divulgar hasta los secretos del sueño; abrían el cajón del dinero y levantaban las tapaderas de la cocina persiguiendo por todas partes á sus rivales, cegándolos con increíbles dieterios, impacientes como la ambición, sañudos como la envidia, implacables como la venganza.

El veintiocho de Abril se había nombrado la Comisión de delegados en reemplazo de la Comisión ejecutiva, y el primero ó segundo día de Mayo se instalaba la Junta de Salvación Pública en reemplazo de la Comisión de delegados. ¡Funesto prestigio el de los nombres! No disputemos su colosal grandeza á la antigua Junta de Salvación Pública fundada por los convencionales en los días de crisis más graves y de mayores desgracias que registra la Historia. No se recuerda un poder semejante ni en el Imperio Romano. Venció á los orleanistas, venció á los girondinos, venció á los dantonianos, venció á los hebertistas, venció á Robespierre, produciendo con la misma

B.

fecundidad con que la naturaleza produce la vida, y devorando con la misma indiferencia con que la naturaleza causa la muerte. Su apogeo estuvo en su fase jacobina. Entonces consumió las inteligencias más luminosas, mató los hombres más ilustres, y realizó por una compensación verdadera las más heroicas acciones y las más increíbles empresas. Por Sant-Just acusó la Junta de Salvación Pública á todos los partidos con la perseverancia de un esbirro y con la frialdad de un verdugo agravadas por la elocuencia de un retórico; y con Couthon redactó en fórmulas tan sencillas como engañosas las proposiciones más revolucionarias, más excepcionales, más audaces; y con Collot de Herbois estendió su estrecha malla administrativa con su terror asesino sobre todos los departamentos; y con Carnot aplicó las matemáticas á la guerra é hizo del arte de matar y vencer un sistema, una ciencia; y con Cambon sacó recursos del fondo de la miseria para sostener los colosales proyectos; y con Barrere tuvo á su servicio todos los argumentos del foro además de todos los sofismas de la escuela; porque la Convención era su instrumento, el misterio su atmósfera, la dictadura su medio, el terror su ministro, la guillotina su pedestal, la muerte su mensajera, encerrando en su seno con los delegados todos los secretos, con la ley de sospechosos todos los derechos, con el tribunal revolucionario terrible como las Parcas, los hilos de todas las vidas, con las requisas toda la propiedad como con el máximo todo el trabajo, con los clubs todos los demagogos, con Robespierre toda la Francia aterrada, con la victoria toda la Europa vencida, con las fiestas al Sér Supremo desde las profundidades oscuras de la conciencia hasta los claros abismos del Cielo. No le regateemos, no, sus victorias; pero tampoco le disculpemos sus errores. La Vendée en armas, los aristócratas en conjuraciones permanentes, cómplices los girondinos de una desmembración peligrosa, los reyes de Europa coliga-

171